

1º Premio de Bachillerato

AUTOR: Nahuel Chali Ares (2º C Bto)

PERDIDOS EN LO FINITO

La ética y el poder son dos conceptos estrechamente relacionados. El ejercicio del poder sin atender a unos valores morales y sin plantear ciertos cuestionamientos éticos, es algo impensable en las democracias de hoy en día. El fin último del poder público, en teoría, siempre será el bien común. Por esta razón, la ética y el poder son inseparables, porque, ¿cómo podría un gobernante lograr el bien común, sin una concepción previa de lo que es el Bien? Esta cuestión es lo que llevó a Platón a plantear la figura del rey filósofo. Platón defendía que en su utópica ciudad estado, los filósofos deberían convertirse en reyes, o bien, los que eran llamados reyes deberían filosofar genuina y adecuadamente. Además, Platón pensaba que los reyes filósofos también deberían recibir una intensa educación. Solo de esta forma los reyes podrían comprender completamente la idea del Bien, y por tanto llevar a cabo un correcto gobierno de la polis. Extrapolando esto a la actualidad, la cuestión que deberíamos plantearnos es: ¿comprenden nuestros gobernantes completamente lo que es el Bien?

Si los gobernantes tuvieran una completa percepción de la idea del Bien actuarían conforme a ella, porque sabrían que eso es lo correcto. Por tanto, la corrupción no existiría, ya que serían conscientes de que robar está mal y no lo harían. Pero los numerosos casos de fraudes y robos de dinero público hacen visible que la corrupción es una realidad, y que por tanto, nuestros líderes políticos no tienen un completo conocimiento de la idea del Bien. Ser conocedor de la idea del Bien, no es simplemente

saber distinguir entre una acción buena y una mala, sino que implica ser consciente de que el fin no justifica los medios, es decir, conseguir el Bien no justifica que actúes mal. Por ejemplo, se podría decir que un político que roba, realmente sí conoce el Bien, pero que a pesar de ello, roba a sabiendas de que está mal. Esto es incorrecto, ya que el político roba con un fin último que él considera bueno: enriquecerse. El hecho de hacer el mal para conseguir lo que se cree correcto denota que el político no es realmente conocedor del Bien, ya que de serlo, no consideraría bueno un acto que implicara la ejecución del mal como medio para conseguirlo.

Esto lleva a plantearse una pregunta: ¿cómo pueden ser los políticos los encargados de lograr el bien común, si realmente no son conocedores de lo que es el Bien? Esta pregunta es algo paradójica, ya que es incoherente que alguien que no conoce plenamente la idea del Bien pueda conseguir verdaderamente el bien común. Esto refleja que las personas que nos gobiernan no están realmente capacitadas para hacerlo, pero aun así, nosotros les seguimos dando nuestros votos y les seguimos otorgando nuestra confianza, pero, ¿por qué hacemos esto realmente? Un partido no puede gobernar, sin que antes los ciudadanos le den sus votos, y por consiguiente su consentimiento y su apoyo. Por tanto los políticos que tenemos y los partidos que nos gobiernan son realmente los que la sociedad ha elegido, pero ¿qué clase de sociedad querría un gobierno que no conozca lo que está bien y lo que está mal? La respuesta es simple, una sociedad que tampoco lo conozca.

La falta de pensamiento crítico y de reflexión personal que se motiva, tanto en la educación como en nuestro día a día es la culpable de esto. Las personas actuales prefieren moverse y actuar en función de lo que piensan los demás, antes que cuestionar si realmente eso es lo que quieren. Esta pérdida de individualidad, es la mejor arma para el poder, que junto a los medios de comunicación de masas y la formación de opinión

mediante distintos recursos como la educación, es capaz de conseguir lo que quiere. Las personas actuales, no se plantean crearse su propia opinión ni cuestionarse si lo que le están imponiendo es realmente bueno, por tanto esta desidia a la hora de crearse un pensamiento único es lo que está llevando al poder a personas que no están capacitadas para ejercerlo y que están mucho más preocupadas por su bienestar personal que por el bienestar de su nación.

Pero el gran pilar en el que se apoya el poder, es otro, uno que lleva existiendo toda la historia y que es el que ha sustentado los Estados hasta nuestros días. Este gran pilar son las ideologías. La falta de reflexión personal y de pensamiento crítico presente en la sociedad, provoca que los individuos no tengan ideas propias, ya que reflexionar es algo que nunca se ha motivado y que nunca ha estado de moda en la sociedad. Solo algunos locos se cuestionaban las cosas y tenían la valentía de luchar por su individualidad y de pensar por sí mismos. Pero para la gente que prefería no hacerlo, se ofrecieron paquetes de ideas ya establecidas que el individuo podía escoger conforme al grupo social en el que estaba o al que quería pertenecer: las ideologías. Estos paquetes se convirtieron en un maravilloso método de control de masas que el poder no dudó en utilizar, y del cual sigue haciendo uso en la actualidad.

Estas ideologías terminaron por debilitar el pensamiento único, haciendo que la búsqueda del Bien pasara a ser algo innecesario, ya que cada ideología tenía su idea preconcebida del Bien, que sería intensamente defendida por sus seguidores. La política dejó de ser la búsqueda del bien común, y pasó a ser un concurso en el cual las diferentes ideologías se peleaban para ver cuál conseguía más votos. Las ideologías acabaron con el poder como servicio y convirtieron el poder en el sueño de algunos egoístas ambiciosos capaces de sacrificar su honor y el bienestar de sus compatriotas, con el único fin de satisfacer sus deseos personales.

En resumen, a pesar de la estrecha relación que debe existir entre el poder y la ética, en la actualidad, nos encontramos ante unos gobernantes egoístas y que desconocen lo que es el Bien. El poder actual jamás podrá lograr el bien común, mientras que en la sociedad, la falta de individualidad y de pensamiento crítico siga alimentando las ideologías que destrozan el pensamiento único. Cuando se motiven la reflexión y la crítica, y cuando las personas se preocupen más por el bien común que por el propio, solo entonces, se logrará un poder ético y al servicio de todos.